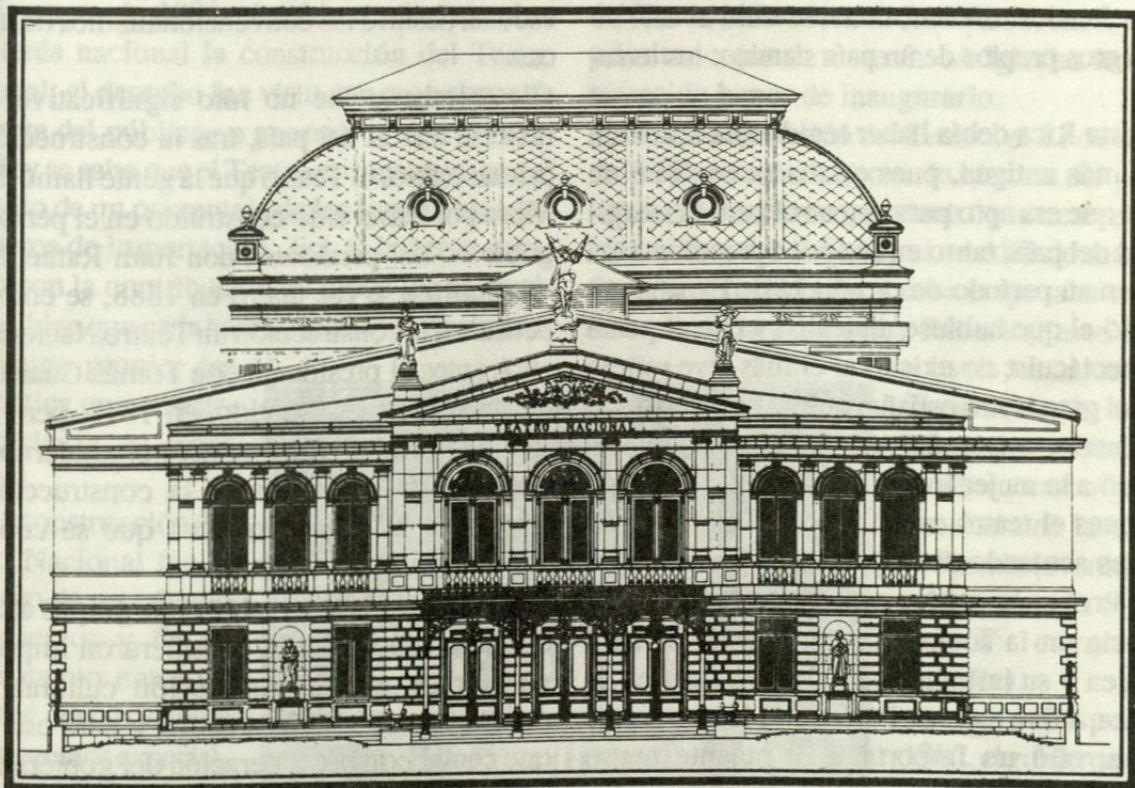


El Teatro Nacional de Costa Rica

Clotilde Obregón*



El Teatro Nacional de Costa Rica inicia este año la celebración de sus cien años de vida, que culminará con los festejos del 21 de octubre de 1997, día en que cumple el centenario.

El que el país contase con un teatro, como es el Teatro Nacional, le permitió a los costarricenses, por un lado, disfrutar de la serie de espectáculos que presentaban las diversas compañías que llegaban al país para actuar en él y, por otro que los artistas nacionales pudiesen contar con una sala de espectáculos donde presentarse o donde poner en cartel sus creaciones. De ahí que por el Teatro desfilasen los primeros concertistas, cantantes y bailarines con que contó el país y

que en él presentasen sus obras los dramaturgos y montasen sus espectáculos los conjuntos artísticos de renombre.

El Teatro Nacional se inauguró con la presentación de la ópera **Fausto** de Gounod, montada por la compañía francesa Aubry. Esta compañía, así como las otras que visitaron Costa Rica, sirvieron de escuela a todos aquellos que tenían inclinaciones artísticas y así surgió un teatro costarricense, el cual sustituyó a aquellos conjuntos formados por entusiastas, que de vez en cuando ofrecían alguna representación.

Este año, con motivo del inicio del centenario de nuestro máximo coliseo, es importante irnos al pasado y recordar cómo y quiénes hicieron

* Profesora retirada.

posible la existencia del Teatro Nacional. Con la celebración también debemos conmemorar su supervivencia; durante una centuria ha permanecido abierto al público proyectándose en la cultura nacional y soportando los peligros propios de un Teatro; incendios, deterioros y falta de medios para su funcionamiento; también salió avante de los peligros propios de un país sísmico: los terremotos.

Costa Rica debía haber tenido una tradición teatral más antigua, pues estaba inmersa en un mundo que era apto para el teatro, pero la marginalidad del país, tanto en su época precolombina como en su período de provincia de España, no propició el que hubiese un teatro y con él gente del espectáculo; no existió ni el más leve reflejo de aquel gran teatro español que se manifestó con tanta fuerza y que fue tan importante, que le permitió a la mujer integrarse a él desde el siglo XVI, pues el teatro español no fue un teatro de hombres actuando de mujeres. La presencia de las mujeres en las tablas explica en sí su éxito, su presencia en la sociedad y en la vida cultural hispánica y su influencia en algunos lugares de América, sobre todo en Perú y en México donde se desarrolló un importante y pujante teatro virreinal.

A comienzos del siglo XIX cuando Costa Rica logró su independencia, lo único que tenía en experiencia teatral eran las diversas representaciones que, para conmemorar la coronación de un rey, se habían llevado a cabo en Cartago; eran obras representadas en tabladillos improvisados. No había grupos permanentes de teatro, sólo conjuntos musicales que se habían desarrollado al amparo de la Iglesia donde, al igual que ocurría con los coros, participaban en las diferentes celebraciones religiosas.

El desarrollo teatral costarricense durante el siglo XIX, puede resumirse en representaciones de jóvenes interesados en el arte de la actuación; en las funciones que se efectuaron en 1837 en un galerón en la Plaza Central (hoy Parque Central);

y en las que se efectuaron a partir de 1846 en otro galerón más cómodo, con asientos para los espectadores, escenario y sitio para los músicos, ubicado 100 metros al sur de la Plaza Central, en donde el público disfrutó de la actuación de la señorita Leila Castillo, primera mujer quien al salir en escena, desafió los convencionalismos de la época.

Asimismo fue un hito significativo en la historia teatral del país, tras la construcción del primer teatro, el Teatro que la gente llamó Teatro Mora por haber sido construido en el período de gobierno del presidente don Juan Rafael Mora. Al inutilizarse ese teatro en 1888, se empezó a pensar en la construcción un Teatro Nacional. Ya años antes el presidente don Tomás Guardia dio un decreto en ese sentido, en 1878, pero no se ejecutó, pues, en ese entonces el gobierno tenía puesto todo su interés en la construcción del ferrocarril al Atlántico, obra que se concluyó años después.

Durante los siguientes años, grupos amantes del desarrollo cultural consideraron importante generar una nueva concepción cultural, crear deseos de superación artística y para eso había que contar con la cooperación del gobierno, tal y como había ocurrido en la década de los cincuenta, cuando el gobierno de Mora Porras ordenó comprar, en Europa, música escrita e instrumentos musicales para las bandas, hecho que fue decisivo para el movimiento musical del país en los años siguientes. En los años ochenta, el objetivo fue el de construir un buen teatro, para ese fin era necesario que tanto el gobierno como las personas sensibles a las bellas artes, se involucraran en el proyecto.

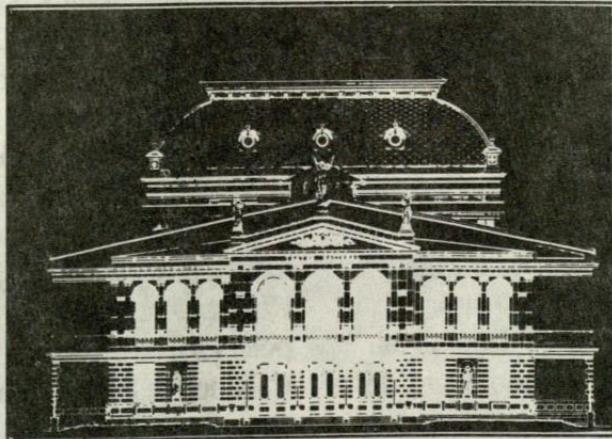
Debido al deseo de poder contar con un teatro, se le dio más importancia a las secciones culturales de los periódicos y surgieron revistas como COSTA RICA ILUSTRADA de don Próspero Calderón y de don José A. Soto, cuya publicación aunque estaba dirigida a informar sobre todos los adelantos científicos y sobre la vida nacional

(aunque eran prohibidos los temas políticos del momento y los religiosos), dedicó gran parte de sus páginas a la literatura, a dar a conocer a los artistas operáticos y a los músicos de fama mundial, a informar sobre teatro y a hacer crítica teatral.

En enero de 1890, el gobierno declaró obra de interés nacional la construcción del Teatro Nacional; el derecho fue visto con gran simpatía por parte del público en general.

Hoy se sabe que el Teatro se construyó con el producto de un porcentaje de los impuestos a los productos de importación. Así, al haberse construido con la contribución de todos los costarricenses, hizo que cada habitante del país lo sintiera como algo propio, característica que conserva gracias a su labor cultural.

La construcción del Teatro Nacional fue el producto de un cúmulo de esfuerzos y de un apoyo mutuo entre ingenieros costarricenses y otros venidos especialmente para la obra; entre el trabajo del maestro de obras Varela, los obreros, los picapedreros y los carpinteros del país, los obreros italianos especializados, traídos para ese fin, y los que en Italia elaboraron las escalinatas, consolas, espejos y cientos de pequeños objetos como los mascarones, que forman parte de su decoración. Asimismo, los materiales utilizados en él son una mezcla de elementos del país como la piedra usada en su fachada, en el muro y en las aceras que lo circundan, y la rampa de su parte posterior, las maderas preciosas de sus pisos, puertas y sillas y los productos importados como son los mármoles, tapices, vidrios, bronce y lámparas y las máquinas, instrumentos y armazones de hierro.



Es, en fin, el producto del esfuerzo de un pueblo y de la decisión de don Rafael Iglesias, quien primero como Ministro del presidente don José Joaquín Rodríguez Zeledón, de 1890 a 1894 y luego como Presidente de la República de 1894 a 1898 y de 1898 a 1902 le dio a la construcción del Teatro, durante sus administraciones, el lugar prioritario que se merecía. A Iglesias le tocó el merecido honor de inaugurarlo.

La inauguración del Teatro, el 21 de octubre de 1897, marcó un hito en la historia del país. Se había construido un gran teatro y un teatro para el futuro. Era, con la Catedral, el edificio más grande de una ciudad que apenas empezaba a extenderse hacia la calle de La Sabana (Paseo Colón) y hacia los bajos del río Torres (Barrio Amón): o sea, a extenderse fuera de su casco primitivo, fuera de la calle de la Ronda (avenida 7ª al norte, avenida 6ª al sur, calle 7ª al este y calle 8ª al oeste).

Años después, en 1902, el gobierno de don Ascensión Esquivel ordenó derribar el viejo caserón que se encontraba enfrente del teatro y construir una plaza, la cual tuvo como función darle realce a la escondida fachada neoclásica del edificio; en ella se utilizaron elementos que hicieran juego con los empleados en el Teatro. Con el tiempo la plaza sufrió cambios hasta culminar con la Plaza de la Cultura, construida a la derecha del Teatro en la década de los setenta.

En 1921, se colocó en la Plaza la estatua del primer Jefe de Estado que tuvo nuestro país y, por lo tanto, se le bautizó en su honor con el nombre de Plaza Juan Mora Fernández. A la izquierda del Teatro y sirviendo para separar el terreno de éste del de la Plaza de la Cultura, está el Paseo de los Artistas en donde se colocaron los bustos de tres

destacados artistas de la pintura, la escultura y las letras: Francisco Amighetti, Francisco Zúñiga y Joaquín Gutiérrez.

Luego del enjambre de temblores que sufrió el Valle Central, en 1924, el foyer tuvo que ser reparado. A partir de 1962 partes del edificio fueron sometidas a restauración y tres años después el Congreso de la República dictó la ley No.3632 por medio de la cual se declaró, al Teatro Nacional, Monumento Nacional. A partir de 1991 la estructura del Teatro empezó a reformarse como consecuencia de los efectos que tuvieron sobre el edificio los terremotos del 22 de diciembre de 1990 y del 22 de abril de 1991. Actualmente gracias a la labor de ingenieros, arquitectos, obreros e incluso personal del teatro que aceptó cambiar sus funciones y tomar el cincel y el martillo, y también gracias al aporte del pueblo de Costa Rica motivado por la campaña que para salvar la institución dirigió su directora doña Graciela Moreno, apoyada por la Fundación del Teatro, se logró la meta propuesta de reforzar toda la estructura del edificio, volver a colocar el estuco que recubre sus paredes, restaurar las pinturas y los otros elementos de su decoración.

Tanto como ocurrió en el momento de su construcción, como en el presente, en todos los trabajos efectuados para su restauración se ha tenido como directriz no escatimar en gastos con el fin de lograr para la institución lo óptimo. En aquella oportunidad se le dotó de lo mejor y más moderno que se podía adquirir a finales del siglo pasado y, por lo tanto, el Teatro contó con su propia planta eléctrica, lo cual fue posible gracias a que ya en el país se utilizaba este tipo de energía.

La ciudad de San José para 1884 fue la segunda ciudad de América en contar con ella. La planta funcionó en una cuadra cercana al Teatro (hoy edificio de la Caja Costarricense del Seguro Social) y se le mantuvo hasta que se consideró necesario. Hoy se han traído verdaderos expertos en restauración y el Teatro logró formar una verdadera escuela que le servirá al país. Al mismo tiempo los trabajos en el edificio han recuperado ciertas técnicas ya casi inexistentes, como la del oficio de picapedrero.

Es también importante destacar que una de las labores más importantes del Teatro, es la de ser promotor cultural y educador del pueblo en las artes. Es por eso que el Teatro es la casa de la Orquesta Sinfónica Nacional desde que ésta se fundó en el año de 1940 y de la Compañía Nacional de Danza. Asimismo, es promotor de festivales, entre ellos el de los Jóvenes Coreógrafos, que se celebra todos los años en diciembre y que ha alcanzado fama internacional.

El Teatro Nacional promueve a los artistas nacionales y a los conjuntos de música antigua. Constantemente también inaugurara nuevas exposiciones de pintura o de fotografía, tanto en el Café del Teatro, que también funciona como galería desde setiembre de 1976, como en las Galerías que están fuera del edificio, pero que son una parte importante de sus actividades: la Galería Enrique Echandi inaugurada el 14 de setiembre de 1982, y la Galería García Monge, inaugurada dos años después. Como apoyo a los conjuntos y grupos de teatro, también puso a disposición del público la Sala José Joaquín Vargas Calvo, el 12 de diciembre de 1982.